

# LO QUE LE HA PASADO A SOLIDARIDAD

Por Karold Modzelewski<sup>1</sup>

El triunfo de los antiguos comunistas en las elecciones generales en Lituania, en Polonia y en Hungría ha contrariado a la opinión occidental. El mismo desasosiego caracteriza la reacción de los medios de comunicación frente a los éxitos electorales de los nacionalistas y de los comunistas rusos, así como de los comunistas ucranianos. Cada vez la misma sorpresa, cada vez la misma tendencia a explicar lo inesperado por condiciones particulares. Pero, pese a las diferencias nacionales, esos fenómenos sorprendentes apuntan a una regla en Europa del Este. Hace algunos años, los pueblos de esos países barrieron el régimen comunista sin derramamiento de sangre, mediante el sufragio universal. Hoy, esos mismos pueblos, por los mismos procedimientos, apartan del poder a las fuerzas políticas que han empezado las reformas y entregan el timón a los herederos del antiguo régimen.

Ciertamente, el regreso de los comunistas no es el regreso del comunismo. Pero tampoco se trata de una simple oscilación de las simpatías electorales entre la derecha y la izquierda, como en las democracias prósperas de Occidente. La Europa del Este está hundida en una crisis económica, social, psicológica y política de una extrema gravedad, más grave sin duda que la de 1929-1933 en los países occidentales. Tras la caída del comunismo, el plan y el mando administrativo de la economía han desaparecido sin ser reemplazados por la intervención del Estado o por la regulación del mercado. Sacudidas por la desregulación del mercado, las economías del Este sufren al mismo tiempo el choque de la competencia extranjera. Antiguamente el comunismo ofrecía a los países subdesarrollados de Europa oriental y del tercer mundo la perspectiva de una industrialización rápida realizada por el Estado, al abrigo del mercado internacional. Así, se creó una industria cuyos productos son numerosos pero cuya calidad y cuyo nivel tecnológico están claramente por debajo de las exigencias mundiales. Sometida a la competencia internacional, no resiste la prueba y está avocada a la destrucción.

Se corre así el riesgo de volver a llevar al mundo postcomunista a su posición inicial de subdesarrollo.

Pero la "industrialización socialista" tuvo consecuencias de primer orden para la sociedad: una amplia promoción social, la escolarización, los cambios de mentalidad. El potencial económico que el comunismo nos ha dejado en herencia, por más que sea anticuado y poco competente, ha seguido siendo, sin embargo, para la mayor parte de los europeos del Este, la única base material de su posición social. Su destrucción y pauperización, el paro (16% en Polonia) y la degradación que resultan de ella, se traducen en un fuerte choque psicológico.

El nivel de educación y los modelos culturales guiaban a los europeos del Este hacia los estándares occidentales de bienestar y de libertad. Aquí no se puede contar con la "paciencia" de los indios analfabetos y en la ruina de Bolivia. Las esperanzas frustradas de personas que, a pesar de la liberación política, se sienten empobrecidas o amenazadas, representa una carga explosiva terrible. El auge de los nacionalismos violentos, la nostalgia del pasado comunista, el populismo y la amenaza autoritaria, expresan de diferentes maneras el mismo malestar que desestabiliza el mundo postcomunista.

## La herencia de un gran mito

El choque inevitable de la transición ha sido agravado por las tentativas de saltar de un brinco del dirigismo total al mercado totalmente libre. En el régimen comunista, las estructuras políticas del poder totalitario constituían el único marco de la economía. Sorprendidos por su descomposición y desprovistos de instrumentos para gobernar la economía, los gobernantes del Estado ya no sabían qué hacer y escuchaban demasiado los consejos que decían: "no hay que hacer nada, hay que dejar hacer".

Polonia fue el primero de los países del Este en comprometerse en la vía de la transición y era el único país que disponía de una clase política que se había formado en la oposición al régimen. En 1980-1981 los dirigentes de Solidaridad estaban estrictamente condicionados por la inusitada actividad de las masas. Cada

<sup>1</sup> Karol Modzelewski es historiador y antiguo dirigente de Solidaridad. El presente texto apareció publicado con el título "Ce qui est arrivé à Solidarité" en *Le Monde diplomatique* (edición francesa) en noviembre de 1994. La traducción es de Juan Pedro García del Campo.

vez que tomaban una decisión inaceptable o simplemente incomprensible para la base sindical corrían el riesgo de perder su autoridad. ¿Cómo entonces explicar la elección, en 1989, por parte de ese movimiento esencialmente obrero, de una política neoliberal más thatcheriana que la de la misma Margaret Thatcher?

Solidaridad nunca lo habría permitido en 1981. El plan Balcarowicz era inconcebible mientras dominaran la escena las muchedumbres activas. ¿Qué ha pasado, entonces, entre 1981 y 1989? La ley marcial. El general Wojciech Jaruzelski no consiguió destruir definitivamente Solidaridad, pero dispersó a las masas, que abandonaron la escena política. La organización clandestina que sobrevivió al “estado de guerra” no era ya un movimiento sindical popular sino una organización anticomunista de cuadros. Los combatientes clandestinos se sentían mucho más ligados entre sí que con la base obrera sometida por la represión. Cuando Solidaridad regresó a la escena política había desaparecido cualquier sistema de control de los dirigentes, pero la organización seguía siendo depositaria de un gran mito. Por eso el gobierno de Tadeusz Mazowiecki tuvo al principio un enorme crédito de confianza, sin ser estorbado por las reivindicaciones y las resistencias de los *partenaires* sociales. Solidaridad podía permitirse en 1989 apoyar el plan Balcarowicz y seguía siendo capaz de garantizarle en el momento decisivo un aval político eficaz.

Podía, pero ¿por qué lo hizo? En primer lugar por incapacidad para concebir una estrategia gradualista de transición a la economía de mercado. El hundimiento del imperio soviético nos sorprendió. Realistas, no considerábamos sin embargo a Solidaridad como una fuerza dirigente responsable de la economía nacional. A principios de agosto de 1989 Tadeusz Mazowiecki escribía: “*No podemos asumir la responsabilidad del gobierno, a falta de un programa económico*”. Era verdad. Dos semanas después se convirtió en primer ministro. El poder cayó en manos de Solidaridad, que no estaba preparada.

Se toman entonces prestados los clichés extendidos en Occidente. Era el tiempo del neoconservadurismo político de Ronald Reagan y de Margaret Thatcher, el tiempo del neoliberalismo económico de Milton Friedman. La oposición polaca, convertida en clase dirigente, eligió según esa corriente. Pero la escuela de Chicago apenas se había ocupado de la transición del socialismo al mercado libre, para la que no disponía de ningún programa concreto. Los reforma-

dores polacos debían cortar por lo sano deprisa. Se decidieron a dar el salto mortal sometiendo de un día para otro la economía socialista a los principios neoliberales y aplicando una terapia monetaria de choque, como sugerían Jeffrey Sachs y los expertos del FMI.

Con la preocupación de “construir el capitalismo” tan deprisa como fuera posible, Solidaridad en el poder alentó los negocios con amplias exenciones fiscales y abandonó la protección de los más débiles. Alza fulgurante de los precios, congelación de salarios, limitación drástica de las subvenciones a los servicios públicos de salud, de educación, de asistencia social, caracterizaron esa política. La carga de la transformación, de la crisis y de las desigualdades fue soportada principalmente por los obreros, los empleados del sector público y los campesinos, esos que en otro tiempo representaron la base de Solidaridad.

### Nuevas divisiones (nuevas jerarquías)

Transformado en cobertura de las reformas neoliberales, el mito de Solidaridad se agotó pronto. El sindicato que aún lleva ese nombre perdió el 80% de sus afiliados y funciona en la vida política como un aliado populista de los partidos de derechas. Como fuerza política, el grupo de Solidaridad, promotor de las reformas de 1989 ya no existe. Desgarrado por profundas divergencias, se ha dividido de forma irreversible en partidos de la derecha nacional-católica, de la derecha radical macarthista, del centro liberal (Unión por la libertad) y de la izquierda (Unión del trabajo), éstas dos últimas fuerzas representadas en el Parlamento. La división entre Solidaridad y los comunistas, fundada en el pasado histórico, ha sido así reemplazada por nuevas divisiones (nuevas jerarquías).

Los resultados de las elecciones recientes atestiguan que la estrategia neoliberal de las reformas choca con el rechazo de la mayoría. Ya no se puede continuar con ella en el marco de la democracia. Pero la dictadura como medio para imponer las reformas a la recalcitrante sociedad no parece ni deseable ni eficaz. Recientemente, Jacek Kuran señalaba con justicia que no cabe una modernización que arroje por la borda a la mitad de la población. Hay que buscar otra vía que no sea la del retorno al pasado. Esta búsqueda, que implica el cuestionamiento de los estereotipos elaborados en Chicago, es un problema de la vida política e intelectual de la Europa postcomunista, pero también de Occidente. Después de todo, ya no hay un muro que nos separe.

